

Del primer Antonio Colinas

Antonio Pereira

Nadie dirá que Antonio Colinas sea figura de andar jugando lanzas en justas y torneos poéticos. Tampoco a nadie le sorprenderá saber - o recordar- que su primera salida a la literatura aconteció en un concurso provincial, de dotación que no viene al caso porque lo que importaba era, sobre todo, el pasaporte para la publicación del libro. ¡El primer libro!, en la que hoy es amplia bibliografía de obras propias de mi paisano.

Servidor estaba sentado a la larga mesa de un salón de la Diputación de León, sin grandes conocimientos críticos pero con los ojos y los oídos bien abiertos, y también -por qué no decirlo- con ese pesquis que se alimenta de años de lectura y de pasión por la poesía y de experiencia de lo que vale (y aún más, de lo que cuesta) descubrir una obra auténtica dentro de un montón excesivo de cuadernos mecanografiados. "A doble espacio, por una sola cara, con plica", todo eso que ustedes saben.

Avanzada la sesión, el jurado tenía sobre la mesa unos cuantos -pocos- poemarios finalistas. Poesía hecha, granada, en algunos casos reveladora de magisterios y famas nacionales que se dejaban sospechar con nombres y apellidos aun en el sigilo de los pliegos cerrados; algunos, lacrados. Cualquiera de aquellos libros hubiera podido ser el libro que teníamos el encargo de buscar.

Salió *Poemas de la tierra y la sangre*. Sin duda, porque nos pareció el mejor. Pero también (y vuelvo a lo del pesquis) porque con la ya espléndida realidad incluía un aroma de frescor y prometimiento. El autor resultó ser alguien que se llamaba Antonio Colinas Lobato.

- ¿Y quién es este señor Antonio Colinas?- preguntó uno de los vocales, quizá el diputado de Cultura de la Excelentísima.

El probo corporativo no tenía por qué saberlo. Ni él ni ninguno de los componentes del jurado que andábamos en el mundo de los versos teníamos motivos para reconocer aquel nombre. Sus señas eran La Bañeza, y ya con gana de dejar cumplido el encargo para pasar al condigno refrigerio oficial me encargaron de comunicar con el premiado.

En la ciudad del Órbigo se puso al teléfono una señora. Me escuchó sorprendida, pero rápidamente orgullosa y hasta emocionada. Debía de ser domingo o día de fiesta, porque "el chico" había salido a oír el concierto. El concierto de la banda municipal.

- Pues tiene usted un hijo que va camino de ser un gran poeta, que es ya un poeta verdadero.

Lo dije muy convencido, de manera que años después, cuando asistí en el pueblo (o ciudad) de Antonio Colinas a la ceremonia de titulación de la plaza que lleva su nombre, no advertí sino el cumplimiento de un destino manifiesto. La mañana del homenaje fue espléndida y venía anunciada desde unos versos de la primera salida de aquel poeta jovencísimo: "Gorjearán los pájaros en la vaguada umbrosa / Se fundirá la gama suave de la luz. / Quedará todo el cielo tapizado de nubes / rosadas, desgarrado como un gran raso rojo".